

## AYAHUASCA

Por Antonio Iriarte Cadena

Cuando me lo presentaron, por insinuación de la dueña de casa, quedé desconcertado. Ella misma y algunos de sus amigos que, según decían, ya habían tenido tratos con él en el ambiente sagrado y ritual de varias tomas de Yagé, me lo habían ponderado como chamán de poderes singulares, como hombre baquiano y confiable en los asuntos misteriosos de la *Ayahuasca*, otro de los nombres con el que algunas comunidades indígenas denominan el Yagé.

Sólo que el sujeto frente a quien me pusieron delante, no se correspondía en absoluto con la imagen mental que, previamente, me habían ayudado a construir acerca de su talante, quienes, además de sus amigos, se proclamaban aprendices y seguidores del supuesto hechicero de Mocoa.

Tal vez influido por unos veinte años de lecturas y de estudio en torno a los libros de Carlos Castaneda y de otras obras sobre chamanismo; con un libro sobre el tema recién publicado, *La razón vulnerada* (Neiva 2002), esperaba encontrar en don Luis un brujo a quien, tal vez por ser según decían medio indio, o quizás por su aureola de chamán amazónico (sólo para taita, me aclararían más tarde, le alcanzaba su saber), le quedara al menos algún vestigio de la majestad callada, de la rampante presencia de águila o de cóndor que caracterizaban a don Juan Matus o a don Genaro Flores, los insólitos y temibles brujos mexicanos que enseñaron a Castaneda el arte del “ver”, y la mejor manera de transitar, no sin sobresaltos mortales, por los territorios inquietantes de “la otra orilla”.

A cambio de eso vi frente a mí la figura menuda, insignificante, casi grosera, del que me pareció un pobre hombre montaraz, torsidesnudo y descalzo, cuyas encías mostraban sin el menor pudor la ausencia de varias piezas dentales. Lucía el menguado sujeto una hirsuta melena alborotada, y flotaba todo él, por lo que parecía, en las aguas quietas de un mar de incertidumbres, evidente, a mi juicio, en la tenacidad con la cual esquivaba mis ojos, tirado sobre una esterilla de enea en el piso del zaguán interior de “EL RANCHO”.

Ni siquiera se tomó el trabajo de sentarse para corresponder a mi saludo y a la presentación que de los dos hizo la dueña de la casa. El único gesto que se permitió como única respuesta a mis cortesías, fue alcanzarme con desgano --cercano a la displicencia-- su mano fría y húmeda desde la estera donde pastoreaba su siesta, bajo el calor aplastante de una de esas tardes de agosto con las cuales el sol suele castigar de manera aún más inclemente la canícula perpetua de nuestra ciudad.

No sabría decir en definitiva si su obstinado mutismo frente a mis preguntas iniciales debería haberlo interpretado como desdén hacia el intruso que de manera abrupta se atrevía a perturbar el sopor de su sueño vespertino, o más bien como muro con el cual pretendía poner distancia entre los dos, a fin de neutralizar de manera terca cualquier intento por inmiscuirme en los asuntos de su saber.

Como estaba urgido de confrontar con él mis conocimientos acerca de la brujería indígena, mi decepción no pudo ser mayor cuando, al insistir en conversar con don Luis, en interrogarlo con apremio no exento de cierta impertinencia, frecuente en quien necesita saber de una vez por todas qué terreno está pisando --no fuera que terminara enredado en las malas artes de algún charlatán de vereda--, pude comprobar de manera clara la inutilidad de cualquier intento de comunicación verbal con el hechicero. Como era evidente que el tal don Luis no quería saber nada de mis preguntas o comentarios y mucho menos de ponerse en el plan de hacerme confidencias, terminé por convencerme de la inutilidad de mi presencia allí, y de que lo que más convenía por el momento era despedirme y salir cuanto antes del restaurante.

Porque el asunto había ido aún más lejos. Varias veces lo sorprendí en la muy escasa información que pude sonsacarle a través de sus monosílabos, en ignorancias e inconsistencias que, de momento y desde mi perspectiva académica, juzgué escandalosas e inaceptables. Mientras yo hablaba o lo interrogaba, lo cual ocurrió casi todo el tiempo, él se limitaba a mirarme en silencio con el rabillo de sus ojos ladinos.

Para completar el cuadro de la incómoda situación, encima de toda esta inútil experiencia de abordaje, el hombrecillo me resultó indescifrable, pues jamás pude saber si su actitud arisca era producto de su timidez, de su ignorancia o de su socarronería. Hasta tuve la impresión por momentos de que, al fin medio indio, se burlaba con disimulo de mí.

*“Este debe ser un charlatán, un vulgar culebrero del Putumayo, uno de esos embaucadores que aprovechan su procedencia o sus ambiguos rasgos indígenas para medrar a costa de la ignorancia de gentes, en mala hora metidas en esa vagabundería que algunos suelen llamar Nueva Era”, pensé.*

Y, por supuesto, eludí con diplomacia el asedio de la dueña de “EL RANCHO” para que asistiera esa noche, junto con otras personas de su grupo, a una ceremonia de toma del Yagé, bajo la conducción del tal don Luis, la cual se llevaría a cabo en una casa de campo, a orillas de la represa *Betania*, pues, a juzgar por lo que acababa de observar, lo mejor era olvidarme de una vez por todas del supuesto huitoto y de sus brebajes de pacotilla.

Pasó un mes y mi amiga de “EL RANCHO”, la persistente doña Beatriz, me tendió una celada. Me solicitó, esta vez, le prestara la *“Insula Barataria”*, una parcela campestre de nuestra familia, a orillas del río Baché, para realizar allí junto con su grupo de amigos una nueva toma del zumo misterioso de la selva amazónica. Y con el cuento de que *“...como la ceremonia se va a celebrar en su casa, considero imperdonable que, al menos por cortesía para con mis invitados, que ahora son también los suyos, usted deje de asistir”*, me argumentó con habilidad.

Terminé prometiéndole que iría para no desairar a sus invitados, pero sólo como observador. Deseaba que le quedara claro que, una vez allá, nadie me obligaría a tomar Yagé. Respondió a mi coartada con la razón perentoria de que eso no era posible, pues una de las reglas inviolables de la ancestral ceremonia indígena consistía, según dijo, en evitar por cualquier medio la presencia de intrusos y de fisgones. Al cabo de un rato de dimes y diretes, terminó por convencerme, y yo por ceder al encanto de su retórica. Acepté asistir y participar en el ritual, no sin dudas mortales y acezantes reticencias.

Después de un viaje nocturno de media hora, llegamos desde Neiva a la *Insula Barataria*. En mi automóvil viajaban, junto con el hermético curandero, otros tres invitados de un total de doce

o quince que íbamos a participar. Sólo que antes de salir me dijo que como él sabía que yo tocaba la guitarra, me pedía que la llevara para la ceremonia. Le pregunté para qué, y él me respondió que más tarde me lo diría. Como no tenía el instrumento conmigo en ese momento, me toco volver por él hasta la casa. Luego, salimos de la ciudad. Una vez llegados a *Barataria*, y dispuesto un pequeño kiosco que, bajo las frondas de un mango edénico hace las veces de comedor, don Luis nos reunió alrededor de una mesa circular y nos pidió permanecer allí mientras él regresaba. Fue luego hacia una alcoba interior de la casa y, pasados unos cuantos interminables minutos durante los cuales no hice cosa diferente de mirar temeroso hacia la puerta por donde doña Beatriz había introducido al chamán, apareció de pronto don Luis con un par de frascos de vidrio, grandes y barrigones.

Del desconcierto inicial de "EL RANCHO" pasé a la incredulidad: don Luis parecía otra persona. No era el mismo homúnculo que me presentaron en Neiva. Venía ataviado con una hermosa camisa blanca, más parecida a una túnica corta, de anchas mangas litúrgicas, profusamente adornada con figuras y motivos propios del imaginario andino aborigen. Ceñía un cinturón de lana virgen, ribeteado con el primor de dibujos prehispánicos, en colores ocre, verdes y amarillos. Traía la melena en el más perfecto orden y lucía un talante tan imponente, hierático y ceremonial como impensable del todo en el sujeto que conocí en el restaurante. Los rasgos entre aindiados y mestizos de su rostro de cobre parecían petrificados, gracias a un insólito dominio de la musculatura de su cara. Su faz nada decía, nada insinuaba a quienes tratábamos de adivinar, preocupados, lo que estaba a punto de ocurrirnos, así fuera a través de algún gesto sutil de sus ojos, de su entrecejo o de sus labios. Ni un solo movimiento, ningún atisbo de muecas o de visajes. Sus ojos permanecían alertas y fríos. Era como si sobre el rostro del pobre don Luis de todos los días, alguien hubiera superpuesto una severa máscara ceremonial, idéntica pero diferente en relación con los rasgos originales del oficiante. Sus ojos brillaban a la luz de las velas como si fueran los de algún depredador sigiloso de la noche. Alguien le hizo sitio en determinado lugar del apretado círculo de la mesa. Una vez allí, descargó con delicadeza los dos frascos que contenían, no más arriba de la mitad, una sustancia pastosa, casi compacta, de color indefinible, tal vez cercano al acaramelado que es característico de la miel de purga. Tomó asiento sin afanes, mientras los demás permanecíamos de pie, espionando medrosos cada uno de sus movimientos. Pidió, entonces, agua que le trajeron en un improvisado trasto de cocina, y después de enumerarnos en silencio uno a uno, vertió sobre otra vasija del mismo género y con la ayuda de una espátula o "*cagüinga*" de guadua, cierta cantidad de la sustancia de los frascos, a la cual añadió con escrupuloso sentido del cálculo determinada cantidad de agua. Apelando de nuevo a la *cagüinga*, y tomándose el tiempo que le pareció prudente o necesario, fue haciendo una mezcla homogénea y espesa, de olor nauseabundo, de la cual fue vertiendo cantidades iguales, hasta llenar la mitad de unos vasos desechables de tamaño mediano, dispuestos para la ocasión en número idéntico al de los participantes.

Luego se puso de pie y tras breves momentos de recogimiento, se soltó en un discurso fluido y lúcido, inverosímil del todo en el hombrecito adormilado y casi mudo que había conocido en agosto. Nos explicó, mirándonos uno a uno con seguridad y firmeza, que lo que íbamos a hacer allí no era un juego, ni un pasatiempo ni una diversión. Que mucho menos debíamos pensar que el asunto del Yagé no iba más allá de una simple "traba". Que si alguna persona de las presentes había ido en ese plan, todavía era hora de devolverse para Neiva. Pero que una vez él hubiera abierto la ceremonia, a nadie le permitiría volverse atrás, no participar en la toma ni retirarse del lugar hasta que él no hubiera cerrado el ritual, hacia el amanecer del día siguiente. "*Sucedee, continuó, cuando la persona aún no ha sido iniciada en sus secretos, que el Yagé se comporta a la manera de un remedio natural, de una purga que limpia a fondo el cuerpo de los*

*venenos y sustancias tóxicas que entran a nuestro organismo por culpa de nuestras costumbres alimenticias dañinas y a causa de la afición de algunos a fumar tabaco y a beber alcohol*". Que ese y no otro era el significado de la diarrea y del vómito inevitables que producía su toma. Que también esta entidad vegetal era una de las más indicadas para ayudar a poner en armonía nuestra mente y nuestro ser con la conciencia universal de la "Pacha Mama". Que el Yagé o Ayahuasca, no debía ser considerado como un simple jugo vegetal, sino que era ante todo, en sí y por sí, una entidad sagrada, esto es, una presencia viva, conciente, autónoma y misteriosa, de la cual él sabía preparar siete clases a través de procesos largos, delicados y dispendiosos de recolección, manipulación, combinación y cocción de varias otras sustancias selváticas, cuyos proceso total de elaboración él había aprendido durante algo más de diez años de contacto con el saber de grandes chamanes del Putumayo. Que el que íbamos a tomar se llamaba "*Yagé del tigre*" y que debíamos entrar en contacto con él sin temor pero con respeto. Que como el Yagé era una entidad impredecible, en ocasiones caprichosa, a algunas personas les caía bien y a otras les caía mal, razón por la cual él no podía asegurar de antemano con certeza cuáles serían los efectos en cada uno de nosotros. Que unas veces el Yagé estaba de buen genio y se comportaba, entonces, como una persona amable y comunicativa, pero que en ocasiones se ponía de un humor difícil y se hacía sentir en ese caso como un ser que infundía temor e intenso malestar corporal. Que en caso de esta última eventualidad, él estaba en condiciones de manejar cualquier situación por desagradable o peligrosa que fuera. Que hasta donde él sabía y siempre que la toma se hiciera bajo la supervisión de taitas o chamanes expertos, el Yagé no había matado ni enloquecido a nadie. Que, por el contrario, para quien estuviera ya iniciado en sus secretos, esta presencia misteriosa no sólo era fuente de bienestar físico, de armonía espiritual, sino guía en la búsqueda del conocimiento. Pero que nos advertía acerca de que no se trataba de cualquier clase de conocimiento, sino de aquel que proporciona sabiduría en el arte de vivir en buenos términos consigo mismo y con todos los seres vivientes de la tierra. Que debíamos tomarnos cada uno la totalidad del contenido del vaso que él nos alcanzara, que a nadie le estaba permitido escupirlo, botarlo o compartirlo con otra persona y, finalmente, que, una vez que el Yagé hubiera llegado al estómago, procuráramos contener, hasta donde fuera posible, las intensas ganas de vomitar.

Fuimos pasando luego uno por uno a recibir la pócima de manos de don Luis. Cuando me llegó el turno y luchando contra la enorme repugnancia que me produjo su olor, lidiando como mejor supe con mis miedos, lo tomé de un solo sorbo, a la manera como se despacha un trago de aguardiente. Al contacto con mi lengua y boca, el sentido del gusto resultó más agredido aún que el del olfato, pues su sabor indescriptible me pareció del todo insoportable. Aunque diferente en cuanto al olor o al sabor, se trataba de algo aún más aversivo que ese vermífugo natural que los campesinos conocen y utilizan con el nombre de *Paico*. Cuando el contenido de la pócima llegó a mi estómago, éste se defendió en forma de violentas náuseas que se resolvieron en arcadas que a duras penas pude dominar, a fin de evitar el vómito prematuro. Poco a poco fue pasando el malestar. Entonces decidí recostarme en una hamaca que suelo guindar en otro kiosco más grande, ubicado en lo alto de un despeñadero que va a dar al río Baché. Decidí ponerme en el plan de observarme con cuidado. Estaba resuelto a espiar y a registrar, en caso de que eso fuera posible, cualquier cambio físico, mental o emocional y a contrastar esos eventuales fenómenos con los que había sufrido Castaneda con el uso de varias sustancias psicotrópicas proporcionadas por don Juan, tales como el *Peyote*, "*El Humito*" o la "*Yerba del diablo*".

Pasó media hora y nada raro ocurrió. Me sentía lúcido, tranquilo, y sin rastros de malestar. Sólo persistía en la boca y garganta la ligera molestia del sabor del Yagé, sabor que poco a poco se

convertiría en un tufo áspero e intenso, cuya duración suele prolongarse durante más de un día y que resulta, además de evidente, insoportable hasta para uno mismo.

Transcurrida aproximadamente una hora, miré hacia la casa, ubicada a unos setenta metros del kiosco en donde estaba recostado, y observé que veía doble la luz del foco del corredor. *“Bueno, --me dije-- es lo que suele ocurrir cuando uno está borracho”*. Empecé, entonces, a sentir los brazos pesados como si fueran un par de mazos de cemento. No había euforia ni sensación alguna de borrachera. Decidí, por precaución, acercarme hacia la casa, en medio de cuya labranza de naranjos, anones y viejos árboles de cacao, yacían aquí y allá los demás participantes, cada uno en lo suyo. Algunos vomitaban, otros defecaban sin reato de pudor alguno; otros más conversaban en voz baja, distribuidos en pequeños grupos. Don Luis, entre tanto, pasaba vigilante de persona en persona, de grupo en grupo. Intercalaba su canto monótono de ancestrales músicas amazónicas con un ritual que consistía, al tiempo que abría con fuerza los brazos, en producir con su boca un sonido parecido al bufido de un animal, o al silbido de una olla a presión. Era como si arrojara con la fuerza de su boca, en un enérgico acto de escupir, algo que él ordenaba ir hacia donde lo indicaran los dedos índices de sus manos.

En algún momento me acerqué a él, me senté a su lado en el alto borde del zaguán, dispuesto a interrogarlo acerca de mis nuevas sensaciones. Ignoró mis preguntas. A cambio de respuestas, me ordenó tocar la guitarra. *“Maestro --le dije--, sé por experiencia que cuando tomo licor, contrario a lo que otros dicen les sucede, suelo tocar de manera torpe, pues el alcohol me hace perder los reflejos, la agilidad de los dedos y el sentido de la precisión. Si eso me ocurre con el alcohol --continué--, cómo será ahora que siento los brazos como si fueran dos bloques de cemento”*. Se quedó mirándome en silencio, y con voz segura me ordenó: *“¡Toque la guitarra!”*. Le obedecí. A pesar de la sensación de pesadez de mis brazos, observé, no sin sorpresa, que mis manos se movían sobre las cuerdas con enorme facilidad. Los sonidos salían limpios, la música fluía con naturalidad. Toqué en la guitarra durante algo así como dos horas la totalidad de mi repertorio, incluyendo aquellas obras que, debido a su dificultad, jamás me atrevería a tocar en público. Esa noche desfilaron por la caja de mi Gerona, Francisco de Tárrega, Fernando Sor, Luys de Millán, Doménico Scarlatti, Juan Sebastián Bach, Di Capua, Roberto de Visée, Manuel Ponce, Gentil Montaña y hasta la música barroca de Leopoldo de Weiss. Mi hija Marietta, quien era una de las participantes, se me acercó en algún momento y me dijo: *“Oye, papá: todos sabemos que tocas bien la guitarra, pero lo que estamos oyendo supera el nivel al que nos tienes acostumbrados; jamás te había escuchado tocar tan bonito. Pareciera que fueras otro guitarrista”*.

Cuando terminé de ejecutar toda la música que sabía y recordaba en el momento, descargué la guitarra y me puse a pensar en la posible explicación para lo que acababa de sucederme. Luego me dirigí al chamán, quien continuaba sentado a mi lado. Me preguntó cómo me sentía. Le respondí que, fuera de la sensación de pesadez en los brazos, de la visión doble y de la fluidez inusual que había observado en mis manos al tocar la guitarra, nada extraordinario me había ocurrido. Entonces él se levantó. Se inclinó hasta poner su cabeza a la altura de la mía, me traspasó con sus ojos saltones de predador nocturno y, sin dejar de mirarme, hizo sobre mi cabeza con una especie de escobilla de hojas carrasposas que llevaba en la mano derecha, un par de movimientos verticales, secos y enérgicos, al tiempo que producía con las hojas de su escobita un sonido ríspido, parecido al graznido de un pájaro.

De repente, todo se iluminó. Una profusión inimaginable de formas y colores de brillo y belleza nunca vistos por mí, por mí jamás imaginados, inundó la noche. Eran como plumas en forma de arabescos barrocos que iban pasando sucesivamente por toda la increíble gama de matices del

arco iris. Subían y bajaban como hojas al viento o como extrañas luciérnagas juguetonas. Luego, todo ese infinito mundo de colores se fue organizando lentamente alrededor mío como si se tratara de un remolino de vivaces y policromas chispas luminosas que empezara a girar y a girar cada vez con mayor rapidez hasta convertirse en una especie de tornado de luz, el cual entre más rápidamente giraba más intensamente sonaba, como si se tratara del zumbido de un poderoso huracán. Yo que estaba en medio de todo aquel torbellino, dentro de aquel túnel vertiginoso, hecho de luz, de color y de sonido, de manera súbita y violenta me sentí halado hacia arriba. Cuando de nuevo fui conciente de mí, me percaté de que, de alguna manera, estaba en todo lo alto de la copa del mango corpulento. No sabía si mi cuerpo estaba allí, o sólo mi mente. Pese a la oscuridad de la noche, percibía abajo con toda nitidez la guitarra que había quedado sobre las gradas de las escaleras que del patio conducen hasta el corredor. También veía allá abajo, echado y profundamente dormido, nuestro perro "*Monseñor*", un Labrador Dorado a quien consideramos desde que vino a nuestra casa como miembro importante de nuestra familia; a un lado del perro, al chamán con su escobita y sus escupitajos, y más al extremo del patio a varias de las personas que participaban en la extraña ceremonia. La visión que tenía de esas personas y objetos no se correspondía del todo con la que de manera normal tenemos con los ojos de nuestro cuerpo. Era más bien una visión en blanco y negro, cercana a la que es posible obtener a través de esos visores nocturnos de los aviones militares, a base, según me han explicado, de rayos infrarrojos y ultravioleta. Pese a lo insólito de la situación, no había en mí asombro alguno, ninguna clase de emoción. Sólo había visión, contemplación desnuda, más allá de los sentidos, más allá de los sentimientos, más allá de las palabras, mucho más allá de la razón. No estaba alegre ni triste, tampoco inquieto; mucho menos aterrado. Simplemente estaba. Estaba allí, suspendido entre el cielo y la tierra, al margen del tiempo y del espacio, entre la vida y la muerte.

Alcé luego los ojos al firmamento estrellado. Era una de esas noches limpias de septiembre cuando la transparencia del aire permite ver en toda su magnificencia el brillo de la luna y de las constelaciones. Sólo que, desde donde estaba, en la copa misma del mango familiar, veía que las estrellas se movían de oriente a occidente y de occidente a oriente, como si se tratara de un gigantesco y rítmico movimiento pendular. Luego todo aquello se fue aquietando lentamente. Cuando volví a darme cuenta de mí, estaba de nuevo sobre el piso de la labranza, justo debajo del mango. En mi reloj eran las tres de la madrugada.

Me sentía cansado. Decidí entonces irme a dormir. No pude hacerlo. Estaba sin rastro alguno de sueño y mi cuerpo en un estado de flotación, como si se tratara de una pluma a merced del viento. Una sensación de bienestar físico y de armonía interior, de levedad, se apoderó de mí a partir de entonces, la cual me acompañó durante cerca de una semana.

Al otro día, cuando amaneció, don Luis hizo el cierre de la ceremonia. Recitó en lengua aborígen una especie de letanía sobre unas ramas de monte que mandó cortar y traer para la ocasión.

Luego, hacia las siete de la mañana, doña Beatriz sirvió el desayuno. Me las arreglé para sentarme a la mesa, al lado de don Luis, con el fin de interrogarlo y de comunicarle mis inquietudes.

Le conté las percepciones del túnel luminoso, del torbellino que me llevó a la copa del mango y de las estrellas oscilando de un extremo al otro del firmamento.

--¿Qué significa ese torbellino de colores, don Luis? --le pregunté--. Se quedó mirándome en silencio con sus ojos burlones. Luego me respondió:

--Luego no dice que se ha leído los libros de un tal Carlos Castaneda? Busque en ellos la respuesta en lugar de hacerme preguntas pendejas.

Después de pedirle con insistencia una explicación acerca del torbellino luminoso en forma de túnel a través del cual fui succionado hasta la copa del mango, con el argumento de que en los libros de Castaneda jamás había leído algo parecido a esa experiencia, al fin me respondió con desgano e ironía:

--¿El túnel? Pues es el tubo del mundo, la vagina de la Pacha Mama. Todos nacemos a través de un túnel y, al morir, pues volvemos a pasar por el mismo túnel.

--¿Y el vaivén de las estrellas, maestro?

--Esa es otra pregunta pendeja. Esa explicación debe estar también en los libros que usted dice que se ha leído --me respondió.

Y a continuación soltó una risita entrecortada y bobalicona. Luego, mirándome de nuevo con sus ojos de zarigüeya, me respondió:

--Es el ritmo del mundo, el pulso de las estrellas. Todo lo que existe es ritmo y movimiento: la respiración, el coito, los latidos del corazón, el día y la noche, la música de su guitarra, el invierno y el verano, la vida y la muerte.

Cuando terminó de hablar el chamán, empezó a rondar por mi cabeza el viejo principio del taoísmo chino: *“Una vez Yin, otra vez Yang. Una vez Yin, otra vez Yang: eso es el Tao”*

Hacia las once de la mañana regresamos a Neiva y me despedí de don Luis. Cuando estrechaba en amistoso gesto su mano fría y húmeda, me dio por pensar que ese hombre parecía ser algo más que el menguado sujeto que conocí en “EL RANCHO”.

## II

Año y medio después me volví a encontrar con el Yagé, esta vez en “EL RANCHO”, el viejo caserón de doña Beatriz. Aunque sentí a don Luis menos cortante y arisco que la primera vez que nos vimos --hasta nos saludamos de abrazo como si se tratara de dos viejos amigos-- tal gesto, sin embargo, no lo eximió de su actitud distante ni de su habitual parquedad para hablar. Aunque sentía el ambiente más relajado que entonces, él persistía en su costumbre de escuchar y callar, razón por la cual me veía obligado, de tanto en tanto, a tomar las riendas de la conversación, no fuera que de un momento a otro se rompiera el hilo precario de nuestra comunicación.

Esta situación, para mí incómoda, me hizo recordar en algún momento de entre nuestros retazos de charla, lo que le ocurrió a un amigo mío cierto día que llegó al lago Titicaca. Era el

atardecer y el crepúsculo languidecía en el horizonte. A esas horas tardías ya no se veía gente por los alrededores. El sitio parecía desierto. Sin embargo, no era así: allá en la lejanía, como si fuera un punto ínfimo perdido en la distancia; allá en la mera orilla de la laguna, mi amigo descubrió un indio acurrucado, ensimismado en sus pensamientos. Caminó hacia él, se detuvo a su lado y se puso a observarlo con curiosidad. Le intrigaba la soledad de este hombre, hecho un ovillo entre los pliegues de su ruana andina. Pasaban, sin embargo, los minutos y el indio no daba señas de advertir la presencia del forastero. Aguardó un rato más a ver si, al fin, el hombre se daba por aludido; hasta hizo ruido a propósito con la idea de hacer más conspicua su presencia. Pero el indio parecía petrificado y ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor. Cansado y molesto por la espera, el visitante, finalmente, decidió abordarlo:

--¿Por qué tan solo?

El indio levantó, entonces, los ojos y los dirigió con parsimonia hacia el sitio de donde había salido la voz. Había perplejidad en su mirada y tal aire de extrañeza, como si no hubiera escuchado bien o, mejor, como si no hubiera entendido a cabalidad el sentido de la pregunta.

--¿Cómo puedo estar solo en medio de todo esto?--, respondió finalmente con timidez. Y empezó a señalar con el dedo las aguas del lago enorme; luego, unos arbustos raquíticos que luchaban cerca de la orilla contra el helado viento del atardecer; después, la palidez del sol que empezaba a morir en el horizonte y, finalmente, un pato que pasó chillando frente a ellos en busca de su dormidero.

Traigo a cuento el recuerdo de este suceso porque también aquella noche de Yagé hice a don Luis una pregunta parecida:

--¿Por qué tan callado, don Luis?-. Le dije, en un intento más por recuperar los cabos sueltos de nuestra conversación.

--¿Y qué necesidad tenemos de tanta *conversa*?--Me respondió con suavidad, mostrándome la ringlera de sus dientes maltrechos. Luego, remató con ironía:

--¿Por qué será que alguna gente no puede vivir sino en medio del bochinche y de la conversadera?

La ceremonia de aquella noche singular empezó tarde, hacia las once y media, pues alguien había invitado a un señor obeso, con aspecto de chofer de camión, quien por no tener la menor idea de a qué había ido, se dedicó a averiguar con todo detalle en qué consistía el asunto, si le era útil para adelgazar, cuáles eran los efectos del bebedizo, si era lo mismo que fumar marihuana y si, en caso de necesidad, el chamán disponía de algún medicamento para atajar la diarrea o controlar el vómito. Advirtió, alzando un poco más el tono y volumen de su voz –como si tales datos pudieran ser de nuestro interés-- que era diabético, que tenía alta la presión arterial y hasta preguntó a don Luis si el Yagé era efectivo para conseguir dinero o para atraer a una amante que años atrás lo había dejado por otro. Don Luis, entre tanto, lo miraba de reojo con cierto desdén, mientras le respondía entre dientes con monosílabos.



Para superar situación tan enojosa, y ante las dudas y perplejidades del advenedizo, sugerí al gordo la posibilidad de no participar. Se negó de plano. Nos dijo que de todos modos él estaba interesado en tomar Yagé y que tenía derecho a hacer las preguntas que considerara necesarias. Que a él nadie lo podía echar de ahí como si fuera un perro, que lo respetaran, que él era un hombre importante de Teruel, que estaba interesado en recuperar a su amante y otras sandeces de parecido jaez.

La persona que lo invitó, entre tanto, se esforzaba por calmarlo; le dijo en tono más o menos enérgico que no saboteara la reunión y que dejara de una vez por todas de preguntar *babosadas*. Finalmente, el sujeto se tranquilizó.

Al principio todo sucedió como aquella primera vez en Barataria: la preparación minuciosa de la mezcla, el discurso de don Luis, la desagradable ingestión de la pócima, Esta vez, sin embargo, eché de menos la visión doble y la sensación de pesadez en los brazos. Tampoco hubo aquella noche torbellino de luz.

Al cabo de una hora, u hora y media, fui al baño por primera vez. La diarrea y el vómito parecían incontrolables. Mientras capoteaba como mejor podía el mal momento, me dediqué, sentado largamente en la tasa del inodoro, a observar una procesión de hormigas arrieras que pasaban, eludiéndome, cerca de mis pies y subían, luego, por la pared del retrete hasta perderse, cada una con su carga de hojas trasquiladas, por la boca de una claraboya. Las veía de tamaño inusual, algunas tan grandes como una tarántula. Los movimientos de sus patas y antenas me parecían nítidos y coordinados, en medio de una atmósfera intensamente amarilla. No obstante, el tamaño y forma de los enseres del baño eran los normales, y cuando enfocaba mi atención hacia alguno de esos utensilios, desaparecía también el reteñido amarillo del aire que, supongo, era propio del campo visual desde el cual percibía las hormigas.

Una de ellas empezó a crecerse, de un momento a otro, aún más que sus compañeras. Ante su tamaño, las demás, aunque inusualmente grandes, me parecían enanas. Recordé entonces al monstruoso insecto en el que amaneció convertido Gregorio Samsa, en *La Metamorfosis*. Advertí, intrigado, que esa hormiga se detuvo frente a mí y empezó a mirarme con curiosidad. Percibí que se daba cuenta de mi presencia allí y que quería “decirme” algo. La miré a sus ojos saltones y luego capté que ella me comunicaba algo así como, “Hola, ¿qué está haciendo *usted* ahí?”. Sé, sin embargo, que mi “conversación” con la hormiga no se dio propiamente a través de un diálogo verbal. Era algún género de comunicación más allá de las palabras. Llamó mi atención el hecho de que la hormiga me trataba de *usted*. La palabra *usted* era el único elemento lingüístico de aquella comunicación insólita, y al darme cuenta de ese hecho, fui conciente de que esa palabra la utilizamos en español para darle a nuestro interlocutor el estatus de persona. O sea, que esta hormiga me está tratando como persona, pensé. Entonces empecé a reír, no tanto por el hecho de que una hormiga me estuviera “hablando”, o de que me tratara de *usted*, situación que me pareció en ese momento completamente natural, sino porque, por alguna razón, sentí ridícula su pregunta.

--¿Qué está haciendo *usted* ahí?—volvió a preguntar la hormiga.

--¿Y es que no lo está viendo, *usteed*?, le respondí, enfatizando con ironía la última palabra.

Ella parecía divertirse con mi respuesta. Sin embargo, movía las antenas de un lado para el otro, como diciéndose a sí misma...”*no estoy muy segura de lo que dice*”. Estuvo mirándome un

rato más y, luego, prosiguió su camino. Cuando, finalmente, se integró a la fila, observé sin asombro que su tamaño era igual al de sus compañeras.

Regresé a mi lugar y me recosté de nuevo sobre la colchoneta que me habían asignado en un rincón del corredor. Empecé a sentirme debilitado y tembloroso. Llegó un momento en el que no pude ya sostenerme en pie, ni siquiera podía permanecer sentado. Necesitaba, sin embargo, volver al baño. Pedí ayuda a don Luis y no tuvo más remedio que llevarme en guando hasta el retrete. No sé cuántas veces más don Luis tuvo que hacerse cargo --de todo a todo-- de mi situación. Un malestar físico por momentos muy intenso, de naturaleza desconocida e indefinible, se iba apoderando de mí. Sudaba copiosamente y tenía la boca reseca. No había sin embargo demasiada angustia.

De repente me percaté de algo aterrador: empecé a ver los objetos de “El RANCHO” y a las personas que estaban conmigo con las puntas de mis dedos, a escuchar con mis ojos los canturreos de don Luis, a oler con mis oídos los objetos y el aire circundantes y cuando, para apaciguar la sed, tomaba pequeños sorbos de una bebida gaseosa, percibía el sabor del líquido en alguna zona interna de mi nariz. En mi vida me había sentido tan mal. Pensé seriamente en la posibilidad de que no iba poder salir de semejante hueco y que debía ir pensando en la posibilidad de morir. El chamán, entre tanto, cuando llegaban los momentos más difíciles, se me acercaba y hacía con su escobilla de hojas carrasposas una serie de pases sobre mi cuerpo, al tiempo que canturreaba en lengua aborigen cierta retahíla monótona. Me ordenó varias veces respirar con lentitud y profundidad. Este ejercicio, en efecto, me hacía sentir algo mejor. Pude darme cuenta desde el fondo del foso donde, al parecer, estaba metido que fui la persona a quien el taita, casi de manera exclusiva, dedicó su atención la mayor parte de la noche.

Porque a mi lado, el gordo de Teruel, no cesaba de gemir desesperado, de quejarse a grandes voces, en medio de procacidades y palabrotas que reñían de manera dramática con el ambiente sagrado y ritual de la ceremonia amazónica: “*Quién me manda ser marica para tomarme esta porquería* --decía de tanto en tanto a grito herido, cambiando cada momento, sin encontrar sosiego, la posición de su cuerpo rechoncho--. *No me crean tan tetón*”. En medio de semejante moridera, hasta tuve agallas para reírme un rato a costa de mi vecino. Frente a lo que podría suponerse le estaba sucediendo --si es que juzgamos por sus quejumbres e hijueputazos-- yo estaba como un rey.

El chamán, entre tanto, hacía caso omiso de las procacidades del obeso. Sólo alguna vez le dijo que se tranquilizara, que nada grave le estaba ocurriendo.

Como me sentía insoportablemente mal, consulté mi reloj de pulsera, a ver si, al menos, ya daba trazas de estar amaneciendo. Eran justo las tres de la madrugada. Dije para mis adentros: voy a cerrar los ojos, a tratar de permanecer inmóvil, de relajarme, de respirar con calma durante una hora, a ver si así es posible dominar el malestar. Me hice el propósito de ser objetivo en el cálculo de ese tiempo. Para orientarme mejor y, de paso, distraer algo mi atención en relación con lo que estaba sintiendo, me ingenié el ejercicio de dictarme a mí mismo una clase de literatura completa, quiero decir, de cincuenta minutos, tal como lo había hecho durante tantos años en la Universidad. Elegí un tema, de esos que uno se sabe de memoria, organicé los puntos de la exposición sin eludir un solo paso del ejercicio pedagógico; hasta saqué espacio para la acostumbrada ronda de preguntas por parte de imaginarios estudiantes. Cuando calculé que ya había pasado cerca de una hora, puesto que, en mi

entender, había interpretado a cabalidad el papel de profesor de mí mismo, miré de nuevo el reloj. No lo podía creer: eran las tres y un minuto de la madrugada. Supuse que el reloj se había descompuesto. Miré otra vez el cronómetro con la mayor atención y pude comprobar que el segundero se movía con perfecta regularidad. Decidí, entonces, repetir el ejercicio, esta vez con un tema de clase diferente. Cuando consideré, al término de otros supuestos cincuenta minutos, que la nueva disertación había concluido, volví a mirar el reloj: las tres y dos minutos de la mañana. Y así, de clase en clase, le hice el quite a mi agonía, hasta que, por fin, amaneció.

Cuando, hacia las seis de la mañana, pude levantarme y empezar a caminar, tenía la sensación física de una radical levedad: Estaba ingrávido, pues con cada paso que daba, como si ocurriera en cámara lenta, sentía que me elevaba del piso cerca de medio metro, a la manera de un gallinazo que corretea por el suelo antes de echarse a volar, para caer de nuevo con elástica suavidad unos diez metros delante.

Antes de despedirme de don Luis, lo abordé para hacerle algunas preguntas y comunicarle mis inquietudes, que no eran pocas. Estaba sentado en el corredor con una taza de chocolate entre sus manos. Como siempre, desestimó mis apremios e inseguridades. Después de algún rato, sólo atinó a decir, como si estuviera en el plan de hacer conmigo una especial concesión:

--- ¿Para qué insiste en la explicación de lo que no tiene explicación? Y me echó a la cara su par de ojos oblicuos y el relámpago de su sonrisa agujereada.

---Somos seres inteligentes ---le dije—y por ese motivo nuestra razón necesita explicaciones.

Se quedó un rato pensativo con la mirada clavada en las baldosas del corredor. Luego se levantó y dio a entender con un gesto de la mano que daba el diálogo por concluido.

--Sólo le digo --remató con un murmullo de voz—que esta noche el Yagé ha sido generoso con usted. Lo que le pasó la primera vez, allá en su finca, fue una pendejada al lado de lo que él hizo esta noche con usted. El Yagé le ha dado un regalo bonito y usted ni siquiera se da por enterado. Yo, en su lugar, estaría muy agradecido con él.

---¿Y en qué consiste ese regalo, don Luis?--. Me atreví a preguntar, conciente de los riesgos de semejante pregunta

--Si no lo sabe usted, mucho menos yo--. Respondió en medio de una risita aflautada y temblona. Luego continuó, mientras hacía visibles esfuerzos por armarse de paciencia:

--A lo mejor un día de estos termina de averiguarlo.

Nos dimos un abrazo de despedida. Don Luis, descargó su taza de chocolate vacía, se entró a una alcoba en el plan de dormir y yo, dando largos saltos de gallinazo, alcancé con rapidez la calle.

